



Universitat de Barcelona

XIII Coloquio Internacional de Geocrítica  
El control del espacio y los espacios de control  
Barcelona, 5-10 de mayo de 2014

## PREMIO INTERNACIONAL GEOCRITICA 2014

### ESPACIOS VIVIDOS, CAMINOS ANDADOS

Atlántida Coll Oliva de Hurtado  
Universidad Nacional Autónoma de México

Convertirse en geógrafo es una labor de aprendizaje  
que se extiende a lo largo de toda una vida  
*Carl O. Sauer*

... la geografía no es un elemento inmutable. Se hace y se rehace día con día.  
Se modifica cada hora por la acción de los hombres  
*Eliseo Reclus*

Antes de nada, agradezco a los miembros del Jurado y en particular a Horacio Capel la distinción de que hoy me hacen objeto. No es un premio para mí, sino para todos los que me han acompañado a lo largo del camino: mi familia, mis profesores, mis colegas-amigos, mis amistades. Sin ellos no habría alcanzado este momento. Ellos saben quiénes son.

Estar hoy aquí recibiendo un premio a todas luces inmerecido significa la ilusión de cerrar un ciclo de vida mucho más que la sensatez académica. Y digo cerrar un ciclo porque es volver a mis raíces, *als països catalans*: mi padre, mallorquín, mi madre de Reus. Para agradecer este premio, he escrito un texto con énfasis en el entorno intelectual en el que me formé, los libros que leí, las influencias recibidas.

## Breves notas biográficas

Soy hija del exilio republicano. Mis padres salieron de Cataluña en 1939 al caer la República y se refugiaron en Francia, de donde salieron en enero de 1941 en el último barco controlado por franceses antes de pasar la estafeta a manos alemanas. El barco salió de Marsella, bordeó las costas españolas y fue a anclar en rada en Dakar, Senegal, donde quedó varado durante seis meses. Múltiples negociaciones internacionales incidían sobre el *Alsina*, porque el gobierno de Vichy ordenaba que regresara a Francia, y los “otros” querían impedirlo por la carga humana que llevaba: españoles (don Niceto Alcalá Zamora entre ellos), franceses, judíos de diversos orígenes, rusos, etcétera. No voy a referir el día a día de un barco que era, a final de cuentas, un campo de concentración flotante. El 28 de mayo decidí que era hora de venir al mundo y nací en el hospital civil de Dakar. A los pocos días, por fin el *Alsina* se hizo a la mar para regresar a Francia dejando a los pasajeros en Casablanca. Otra saga de supervivencia, y luego, en un barco portugués, salimos a Nueva York y de allí a México a donde llegamos el 13 de octubre de 1941 (figuras 1 y 2).

**Figuras 1 y 2**  
**El vapor “Alsina” y Antonio Coll Maroto**  
**y Josefina Oliva Teixell con Atlántida en Casablanca, julio de 1941**



México recibió a los refugiados con los brazos abiertos. Nuestra deuda hacia el país y su gente es impagable: nos dieron amistad, cobijo y trabajo, en resumidas cuentas, nos permitieron vivir dignamente y, a las nuevas generaciones, trazarnos un destino con mayor o menor suerte como en todo grupo humano. En el trajín de hacernos una vida cotidiana empezó, también, la inmersión en una geografía y en una historia diferentes a la de nuestras raíces; la adopción de un lenguaje que si bien era el mismo, era distinto; el descubrimiento

de otros sabores y otros olores, de unas costumbres que llegaban a causar confusión como cuando se usaba la típica frase hospitalaria mexicana de “ésta es su casa”.

Muchos refugiados buscaron qué hacer en la capital; otros marcharon a diversos lugares de provincia. Los que nos quedamos en la ciudad de México ocupamos pequeños departamentos en el centro histórico, el llamado entonces “primer cuadro”; los trabajos encontrados correspondían a la formación primaria de cada uno, profesores, químicos, campesinos, médicos. Otros se reinventaban y se volvían artesanos, granjeros, empleados. Todo ello en una ciudad muy especial, ocupada por gente de todas nacionalidades y clases sociales que llegaba de fuera, junto a una sociedad local en la que brillaban intelectuales, artistas, músicos, y una mayoría tradicional apenas emigrada del campo; un presidente surgido del movimiento revolucionario de 1910, artífice de la expropiación petrolera y de la apertura del país a los republicanos españoles: el general Lázaro Cárdenas. Un país, en suma, que emergía de un largo periodo de inestabilidad y buscaba ansiosamente equilibrio y paz en un mundo que vivía los desastres de la Segunda Guerra Mundial.

Fue un momento de oportunidades, de creatividad, de abrir caminos no trillados antes, o de andar por senderos ya construidos en espera de que la guerra terminara y se pudiera volver al terruño. Eso no se dio y las familias se fueron adaptando, unas más, otras menos, al nuevo país de acogida y los que llegamos en brazos de nuestras padres y los que luego nacieron en México pasamos a formar una generación ambivalente, educados a la mexicana (si bien muchos de nosotros en alguno de los tres colegios fundados por los propios refugiados), educación que se complementaba en el hogar con las charlas sobre lo que se dejó atrás: la nostalgia, el desgarro (figura 3).

**Figura 3**  
**Antonio Coll Maroto y**  
**Josefina Oliva Teixell en México ca. 1948**



Me detengo un momento para hablar de esos colegios. Fueron tres: el Instituto Luis Vives, el Colegio Madrid y la Academia Hispano-Mexicana. La idea primigenia era que pudiéramos estudiar en un entorno semejante al del Instituto Escuela de la República; al mismo tiempo permitía crear fuentes de trabajo para los muchos profesores de diversas disciplinas que llegaron a México, mi madre entre ellos. Docentes mexicanos, simpatizantes de la República se unieron a los diversos claustros, así como niños mexicanos fueron nuestros compañeros de clase.

Estudí en el Instituto Luis Vives, tuve grandes maestros, de los que abren espíritus, como mi madre, Josefina Oliva, como Marcelo Santaló Sors, como Luis de Tapia, y, en los primeros años, Estrella Cortichs y María Betancourt quienes nos enseñaron a escribir y aun recuerdo, como marcado por el hierro, que una oración se construye a partir del sujeto, y luego vienen el verbo, el predicado, y los complementos directo, indirecto y circunstancial. Sé bien que la gramática actual ya no utiliza estos términos y los fonemas y los morfemas me causaron ciertos problemas muchos años más tarde cuando traté de ayudar a mis hijos con sus deberes de la escuela.

Haciendo memoria, hecho que agradezco de veras, el Vives fue una escuela muy especial: en los primeros tiempos, mientras encontraba de qué vivir, el poeta Emilio Prados tenía como trabajo pasearse por el patio en el recreo charlando de todo y de nada con los chicos mayores (muchos de ellos traumatados por lo vivido durante la guerra): era una especie de ágora que organizó don Rubén Landa, su director en ese momento. En la clase de música, el profesor Marcial nos enseñaba canciones tradicionales mexicanas y españolas y, desde luego, el himno de Riego; lo mismo bailábamos sardanas y jotas aragonesas que el jarabe tapatío. Es curioso que entre los alumnos de los tres colegios no hubiera amistad cerrada, sino todo lo contrario; cada uno era un mundo aislado de los otros dos. No sé aún hoy a qué se debía, pero yo tuve –y aun mantengo- intensa amistad con algunos de los alumnos de las otras escuelas.

El otro ámbito formativo fue el hogar en donde cada familia reproducía lo propio, las herencias añejas, las tradiciones de “allá”, los principios políticos. La nuestra fue una casa abierta a la que se llegaba sin avisar y se compartía lo que había. Así recuerdo presencias cotidianas de pintores como Ramón Gaya, Rodríguez Luna o Enrique Climent; de escritores como Juan Gil Albert, y las largas discusiones sobre cualquier tema, arte, literatura, música, y desde luego, siempre política.

Hubo, también, muchas actividades colectivas marcadas por las nacionalidades originales, unas habían sido creadas decenios antes por los migrantes de otras épocas; otras fueron resultado de la acción de los refugiados. Eran sitio de reunión el Orfeó Catalá, el Centro Asturiano, el Centro Vasco; se fundó el Ateneo Español de México, que aun hoy pervive, y, sobre todo la Casa de España que se transformó más tarde en El Colegio de México, uno de los centros de estudio más reconocidos del país. Actividades intelectuales y sociales daban sentido de pertenencia, de identidad.

Puede parecer baladí, pero un lugar muy importante en la vida cotidiana de esos primeros años fueron los cafés donde los refugiados se concentraban a mediodía, obviamente a

discutir de política, siempre en desacuerdo unos y otros, a gritos y manotazos y con la trillada y triste frase de “este año cae Franco”: Los que cayeron fueron muchos otros que quedaron en tierras mexicanas y nunca volvieron a España. Mi padre me llevaba a veces al salir del colegio, era divertido ver a los mayores discutiendo de esa manera, sin escucharse unos a otros. Supongo que es por eso que no se ponían de acuerdo en nada. A la distancia y la perspectiva que dan los años, recuerdo ahora esos momentos como la expresión de un pasado y un futuro frustrados para muchos de los que participaban en esas discusiones.

Muy pronto, nuevos amigos mexicanos nos fueron introduciendo en el país de modo que lo hicimos nuestro. Con Ignacio Medina (mi “tío” Nacho de mi nueva familia escogida) recorrimos muchas partes del país, de la costa a la montaña, las impactantes zonas arqueológicas de otras culturas, con otra estética y otras dimensiones; adentrándonos en paisajes y pueblos. Conocimos que sólo hay dos estaciones: la de lluvias y la de secas, que se puede pasar del frío intenso de la madrugada al calor del mediodía y al frescor del caer la tarde en una misma jornada. Una anécdota: un día, en la fonda de algún pueblo pequeño, tardaban en servirnos la comida y, al parecer, mi madre protestaba. Nacho, filosóficamente le dijo: “es el trópico, m’hijita”, frase que encierra un profundo conocimiento de la realidad, que indica que son otros los ritmos vitales y que ya es la frase tradicional de nuestra familia ante situaciones semejantes.

Efectivamente, el trópico es otro mundo, es la exuberancia en todo: en calor, en lluvias torrenciales, en vegetación de verdes intensos, en animales grandes y minúsculos que reptan o que vuelan sin parar. Es también el paisaje formado por ramas que se cortan y plantan para delimitar terrenos y que después de una época de lluvias reverdecen y se transforman a su vez en nuevos árboles. Es el paisaje en el que aparentemente no hay gente trabajando el campo para el que pasa hacia el mediodía: a esa hora el campesino hace rato que se guarda en la sombra. Los horarios de trabajo son distintos: las primeras horas de la mañana, las últimas de la tarde. Y siempre calor.

También conocimos en esos viajes la aridez, la falta de agua, los magueyes y los nopales, ese otro modo de vida de lucha para obtener una muy magra cosecha de maíz y de frijol, con otros ritmos cotidianos. Conocimos los mercados maravillosos, de frutas olorosas tan diferentes a las peras y las manzanas; la gente de los pueblos, la población indígena con sus costumbres, sus idiomas y sus tradiciones. Y siempre que era posible, el viaje al mar que mi padre, como buen isleño, añoraba y necesitaba.

Otro amigo mexicano solía llegar, también sin previo aviso, hacia la hora de la cena y me decía como un conjuro al abrirle la puerta: “pon la escoba de cabeza atrás de la puerta de la cocina para que no me quede mucho rato” y se marchaba hacia las dos o tres de la madrugada: Alberto Escalona Ramos fue un ingeniero, geógrafo, arqueólogo, genial, infortunadamente mal conocido entre mis colegas. Escribió un muy interesante libro sobre geopolítica – cuando todavía era tabú hablar de esta disciplina- y sugería que se cambiara la capital al centro geográfico del país ya que era claramente evidente que la vida nacional se regía y se controlaba desde esa ciudad y así se podría estimular el crecimiento del centro y del norte del territorio. Largas charlas nocturnas fascinantes con mis padres, a las que a veces se me permitía asistir hasta una cierta hora. Él fue quien propuso a mi madre que

diera clases de geografía en la Escuela Nacional Preparatoria, institución donde ella trabajó por más de treinta años.

Mis padres y yo, familia de tres, fuimos por libre: acudíamos quizá una vez al año al Orfeo por algún festejo particular, unos *Jocs Florals* por ejemplo, siempre con *Els Segadors* y el *Cant de la Senyera* al final. Hicimos una vida menos endogámica, por así decirlo, que se agudizó al fallecer mi padre y quedarnos solas mi madre y yo. Ella había cursado la licenciatura de geografía e historia en la Universidad de Zaragoza, y estudios de arqueología ya en México, por lo que desde el principio impartió clases primero de geografía, más tarde de historia antigua de México.

### **Estudios y primeros trabajos. Vivencias**

Empecé a trabajar muy joven. Todavía en vida de mi padre, pasé unas largas vacaciones de invierno como asistente de la arqueóloga francesa Laurette Sejourné, en una temporada de excavaciones en Teotihuacan (figura 4). Fue una mujer excepcional, quien no solo afianzó mi francés sino que me enseñó a trabajar; aprendí la dedicación y la disciplina cotidianas, la tenacidad necesaria para pasar las largas horas de trabajo en el campo. Fue no sólo la hermana escogida de mi madre, sino también mi amiga hasta el final. Casada con Arnaldo Orfila Reynal, argentino fincado en México, director del Fondo de Cultura Económica y luego creador de la Editorial Siglo XXI, fueron una presencia constante en mi vida, en nuestras vidas, y las comidas y cenas en su casa, además de riquísimas, eran ocasiones de convivir con personajes de las letras y la política, y aprender mucho de todo. Mi hijo mayor aun recuerda una cena en particular en la que don Jesús Silva Herzog, mano derecha del general Lázaro Cárdenas, nos contó (en realidad para beneficio de aquel joven adolescente) cómo habían sido las negociaciones para lograr la expropiación petrolera y lo que significaba ese hecho en la historia del país.

**Figura 4.**  
**Temporada de excavaciones arqueológicas en Teotihuacan, 1956**



Poco después de fallecer mi padre, vendría el apoyo de otros amigos, en particular del profesor Santaló que me nombró su adjunta en las clases de cálculo diferencial e integral en el Vives (asignatura que había reprobado en la Facultad de Ciencias y que me obligó a reestudiarla), y como su asistente en sus clases de astronomía en la Preparatoria Nacional en donde yo estaba al mando del telescopio y enseñaba a sus alumnos a observar las estrellas, y distinguir constelaciones y nebulosas. También di clases de inglés, primero, y un poco más tarde ya de geografía en escuelas de segunda enseñanza.

En aquellos años, los jóvenes éramos inocentes – en el buen sentido de la palabra, es decir, poco maliciosos, faltos de experiencia, sin la información abrumadora de la televisión y el Internet. Asumíamos diversas personalidades según la lectura del momento y pasábamos de agudas y graves discusiones kantianas, sin haber leído a Kant desde luego, a escribir sentidos poemas, nos batíamos en la Melanesia siguiendo al Sandokan de Salgari cantando la Canción del Pirata de Espronceda, atravesábamos las estepas rusas con el correo del zar o luchábamos como héroes tolstoianos. Había leído la vida de Marie Curie escrita por su hija Eva y me marcó de tal modo que decidí ser física como ella; además, las clases de esa asignatura que impartía Luis de Tapia en el Vives eran sencillamente.

Empecé los estudios universitarios en la Universidad Nacional Autónoma de México, la UNAM, principal universidad del país, libre, pública. Ha sido mi casa, mi *Alma Mater* desde 1958.

Estuve dos años en la Facultad de Ciencias al cabo de los cuales comprendí que una cosa es la imaginación y otra la realidad, que aún no había calculadoras de bolsillo y que no me cuadraban las sumas. No obstante, el paso por esa escuela me dejó una formación básica en ciencia, una capacidad de abstracción que tan importante es en geografía, y unos profesores magníficos, como don Guillermo Torres que impartía la asignatura de geometría moderna que él decía no servía más que ¡para enseñarnos a pensar!, don Pedro Carrasco, también refugiado, ya muy mayor, que impartía la cátedra de óptica; Emilio Lluís Riera, de los niños españoles que fueron enviados a la URSS y que luego llegó a México para trabajar en la UNAM como matemático y nos enseñaba álgebra. Otro sabio mexicano, el profesor Graef Fernández demostraba “en vivo” los movimientos de rotación y traslación de la Tierra girando por el salón de clases, imagen difícil de olvidar.

El paso hacia la carrera de geografía fue como seguir el camino natural que me tenía señalado el destino desde el principio: migraciones, viajes, nuevos mundos, un ambiente familiar, y un nombre, Atlántida, que presagiaba una búsqueda incesante de un continente perdido.

En México, la geografía y la historia se estudian como dos carreras distintas aun cuando ambas se llevan a cabo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En 1933 se creó el Departamento de Ciencias Geográficas, hoy Colegio de Geografía, en donde se estudia la carrera a nivel licenciatura y posgrado. Los orígenes fueron azarosos, en particular por existir pocos profesores y escasa matrícula. La pervivencia de la carrera se debió a un personaje clave, Jorge A. Vivó Escoto, migrante a su vez de la dictadura de Machado en Cuba, de conocimientos enciclopédicos e increíble capacidad de trabajo. A él se debe que la

carrera haya sobrevivido gracias a que tanto él como algunos pocos profesores se desdoblaban e impartían diversas materias: a mi pequeño grupo de compañeros, una docena, el profesor Vivó nos impartió trece asignaturas diferentes: geografía física, humana, política, geopolítica, historia de las ciencias geográficas, geografía económica, meteorología, etcétera, mientras lograba se incrementara el claustro de profesores.

Fundó la revista *Anuario de Geografía* en la que hacía de todo, al principio la mayoría de los artículos, luego nos fue involucrando a unos y otros; cuando falleció, a principio de los años 70, la revista murió también y nunca volvió a publicarse. A él le debemos, asimismo, que la editorial Fondo de Cultura Económica haya traducido al español y publicado algunos de los clásicos de la geografía anglosajona y que usamos como texto en clase como la *Geografía de América* y la *Geografía del Viejo Mundo* de Schmieder (publicadas originalmente en inglés en los años treinta), la *Geografía Económica* de Jones y Darkenwald (de 1941), una *Geografía de México* del propio Vivó.

Fuera de esos textos, eran escasos los libros de geografía en español y el conocimiento de otras lenguas de la mayoría de mis compañeros de estudio impedía acercarse a otras fuentes. Como no existía el mercado, no se encontraban libros de geografía en español. De hecho, lo que leíamos eran los apuntes de clase y algunos de los libros de texto que habían escrito los propios profesores. Algunos años más tarde, nos salvó de la ignorancia la Editorial Ariel con la colección Magallanes de la que poco a poco fueron llegando algunos títulos, así como ejemplares de la colección Oikos Tau.

La enseñanza de la geografía era tradicionalista: mucha información, poca discusión, pocas prácticas de campo, ningún debate. Era la absorción de conocimientos compartimentados, sin aparente relación unos con otros, lo que desesperaba a algunos que no entendían para qué estudiaban geografía y abandonaban los estudios. Además, el futuro se reducía a la posibilidad de impartir clases en la enseñanza media. Pero, tuvimos profesores brillantes: el propio Vivó, Ramón Alcorta, Gilberto Hernández Corso, Carlos Sáenz de la Calzada, Felipe Guerra Peña también refugiados, y de nuevo mi querido profesor don Pedro Carrasco cuya clase de cosmografía a mi grupo fue la última que impartió.

Hice un viaje con mi madre y una amiga francesa a Chiapas, a San Cristóbal las Casas. En aquel entonces era casi como ir al fin del mundo. Nos alojamos en la casa de una pareja notable, Franz Blom y Gertrude Duby, quienes habían llegado a la región hacía muchos años, estudiaban a los indios lacandones y tenían un pequeño museo y una biblioteca especializada. Cada mañana Caroline y yo íbamos a recorrer a caballo la zona de los Altos, visitamos los principales pueblos tzeltales y tzotziles del área. El conocimiento directo en campo fue determinante y me adentré de tal manera en ellos que acabé haciendo mi tesis de licenciatura sobre esa región.

En algún momento, se cruzó en mi camino un médico mexicano, Luis, y seguimos caminando juntos desde hace más de cincuenta años. Es el perfecto geógrafo “consorte”, conoce el país, sabe hablar con la gente de campo y sabe cómo hacerlos hablar –lo que suele ser más difícil porque hay que vencer sus reticencias, su desconfianza- y ha sido mi intérprete en todas las salidas que he hecho desde entonces, sobre todo en una época en la



que no se practicaba la liberación femenina y las mujeres no opinábamos ni discutíamos con los hombres, en particular en el medio rural.

Por las vueltas que da la vida, vinimos a vivir a Barcelona en los años 1960, con un hijo pequeñito. Luis trabajaba en el Hospital Clínico con el Dr. Gil Vernet, yo hacía de mamá (figura 5).

**Figura 5.**  
**En el trabajo de campo en el desierto**  
**de Baja California con su hijo menor, Luis**



Suplía la imposibilidad económica de asistir a la Universidad con la compra de libros y fue así como descubrí un mundo nuevo gracias a la *Geografía económica* de Pierre George. Nunca me había gustado esa asignatura; el libro de Jones y Darkenwald es absolutamente determinista y aburrido: hacíamos mapas de producción de maíz, trigo o cualquier otro producto en un planisferio comprado en la papelería y cada puntito de color indicaba tantas toneladas del producto. Además, me enfadaba, y aún me enfada, el enfoque de los autores. Transcribo literalmente recordando que el libro se escribió en 1941:

“En las rudas, frías y lluviosas tierras cubiertas de bosques del extremo meridional de la América del Sur habitan aún algunos indios yahganes que son, todavía, fundamentalmente, un pueblo que vive de la caza y la pesca. Una buena parte del tiempo y de las energías de esas gentes primitivas se consuma en tratar de satisfacer algunas necesidades elementales ... *En este medio tan rudo los jóvenes yahganes tienen poco de donde escoger en lo que respecta al tipo de trabajo que realizan. No pueden pensar en convertirse en financieros, ingenieros, médicos, abogados, policías, maestros, actores o incluso amanuenses sociales o mercantiles [...]* Contrastando con esta simple economía de subsistencia tenemos las ocupaciones de la sumamente mezclada población del área metropolitana de Nueva York, aglomeración de unos trece millones de habitantes que viven en un espacio muy reducido

del globo. *En esta colmena de actividad, más de cinco millones de personas están dedicadas a actividades lucrativas...*” [el subrayado es mío].

No es necesario detenernos en el análisis de estas frases que representan el marco de referencia de una geografía que hoy calificaríamos de colonialista, entre otros epítetos. Leer a Pierre George y analizar la economía mundial no desde el punto de vista de las industriosas abejas de Nueva York, sino desde las diferencias que implican los modos de producción, me abrió un horizonte amplio y provocador. Fui adquiriendo todos los libros que tuve a mi alcance, aprendí que la geografía iba más allá de lo que yo había estudiado en la carrera, y comprendí el concepto de *espacio humanizado* que me ha acompañado todos estos años. Encontré en la geografía francesa muchas respuestas, y con el tiempo, en el Profesor Pierre George un maestro y un amigo (figura 6).

**Figura 6.**  
**Pierre George**



Al cabo de un par de años en Barcelona y París, regresamos a México. En 1967 empecé a trabajar en el Instituto de Geografía de la UNAM, centro dedicado a la investigación, en el que laboraban una docena de geógrafos, un par de ingenieros y un par de historiadoras.

### **Los antecedentes históricos de la geografía en México**

Es prudente hacer un paréntesis breve para ubicar la geografía mexicana en su contexto histórico puesto que su proceso de desarrollo es totalmente distinto al de las geografías europeas.

Del México prehispánico tenemos documentos gráficos denominados *códices* en los que los escribanos indígenas llamados *tlacuilos* señalaron poblados, rutas comerciales, productos regionales, tributos; son los mapas de esa época que perviven y nos sirven de fuente. Las crónicas de los conquistadores y las *Relaciones Geográficas de la Nueva España* que

ordenó Felipe II en el siglo XVI establecieron el inventario tanto de los recursos naturales como humanos con que se contaba en los nuevos dominios coloniales. Esa misma función se buscó doscientos años más tarde y el resultado fue una magnífica geografía del país escrita por José Antonio de Villaseñor y Sánchez en 1746-1748: el *Theatro Americano*, obra de tal importancia estratégica que la corona censuró su distribución. A finales del siglo XVIII se fundó el Real Seminario de Minería en donde ya se impartía un curso semanal de geografía y había un importante grupo de científicos mexicanos ilustrados cuyas obras consultó el barón de Humboldt en su visita a la Nueva España. La publicación de su *Ensayo Político sobre el Reyno de la Nueva España* dio a conocer al detalle la geografía y los recursos naturales del país y sirvió para impulsar las inversiones europeas en la minería mexicana poscolonial. Los relatos de otros viajeros, muchos de ellos ingleses, incrementaron el conocimiento sobre el país.

A lo largo del siglo XIX hubo geógrafos de gran trascendencia como Antonio García Cubas, quien publicó varias obras magníficas<sup>1</sup>. Se fundaron instituciones como la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en 1833; y diversas comisiones especiales delimitaron las fronteras entre México y los Estados Unidos y con Guatemala y Belice. Pero la geografía mexicana, en sentido moderno, es relativamente joven y está estrechamente ligada a su institucionalización universitaria en el siglo XX, en particular a la obra realizada por la Universidad Nacional Autónoma de México.

Una década después de creado el Colegio de Geografía en la Facultad de Filosofía y Letras que ya he mencionado, en 1943 se oficializó el Instituto de Geografía con la finalidad de realizar investigación y como una entidad separada del Colegio. Como sucedía con casi todas las cosas de la vida nacional, los esfuerzos se centralizaban en la capital del país; en educación en particular en la UNAM, ya que había muy pocas universidades en provincia, y en el Instituto Politécnico Nacional institución creada por el general Cárdenas para la formación de los profesionales y técnicos que el país necesitaba. La geografía profesional sólo existía en la capital. No fue sino hasta bien entrados los años 1970 que se rompió el aislamiento centralizador y empezaron a aparecer universidades y centros de investigación por todo el país: la Facultad de Geografía en Toluca, Estado de México; en 1980 se fundó el Departamento de Geografía y Ordenamiento Territorial en la Universidad de Guadalajara, al occidente del país. Recientemente, se han ido abriendo nuevas opciones en otras entidades: en San Luis Potosí, en 2002; el Centro de Estudios en Geografía Humana de El Colegio de Michoacán en 2004. Del propio Instituto de Geografía se formó el Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental en Morelia, Michoacán. En la ciudad de México se imparte una licenciatura en geografía humana en la Universidad Autónoma Metropolitana orientada sobre todo a estudios de teoría social del espacio. Se ha ampliado el área de influencia de la geografía con la apertura de otros centros en Quintana Roo, en la Universidad Veracruzana y hace tan solo un par de años, en la Universidad de Guerrero. Se encuentran geógrafos realizando interesantes trabajos en el Instituto José María Luis Mora,

---

<sup>1</sup> Como es el *Atlas pintoresco e histórico de los Estados Unidos Mexicanos*, publicado por Debray Sucesores, México, en 1885. Existe una edición facsimilar de 1972 de la Editorial del Valle de México S.A.

el Centro GEO, y varias dependencias del gobierno, y en otras instituciones universitarias de provincia<sup>2</sup>.

Lo que hace interesante a este crecimiento es que cada lugar ha ido adoptando diferentes escuelas, distintas tecnologías, y se van especializando en campos diversos de la geografía: geomática, sensores remotos, sistemas de información geográfica, cartografía digital, ordenamiento territorial. Al mismo tiempo se refuerzan ciertas áreas de la geografía humana como los estudios históricos y los análisis geopolíticos. Hoy, ciertos términos geográficos se han convertido en lugar común en periódicos, en revistas, en los media: ordenamiento, geopolítica, geoestrategia, y si bien no siempre se usan adecuadamente, ya forman parte del lenguaje común. La ubicación geográfica de los hechos cotidianos en los noticiarios de la televisión mediante el uso de mapas es habitual.

El camino recorrido a lo largo de la segunda mitad del siglo pasado y en estas primeras décadas del XXI no ha sido plano ni continuo; se ha caracterizado por avances rápidos, períodos de asentamiento, incluso de estancamiento, antes de un nuevo salto adelante. Y han intervenido diversos actores, no siempre geógrafos, a muchos de los cuales no puedo hacer justicia en este corto ensayo. Tomo como guía de ruta lo realizado en el Instituto de Geografía de la UNAM, donde llevo más de 47 años trabajando lo que me permite hacer un balance de la evolución de nuestra disciplina. Como en todo testimonio, hay una involuntaria carga personal, subjetiva, por lo que predominan mis apreciaciones sobre el campo de la geografía humana, donde me he desarrollado, aunque trato de ver lo que sucede en el piso de arriba donde se encuentran mis colegas los geógrafos físicos.

## **El Instituto de Geografía la UNAM**

El Instituto inició su despegue moderno en los años 1960 bajo la dirección de Consuelo Soto Mora, de quien mucho aprendí. La mayoría de los que allí trabajábamos éramos jóvenes y por tanto osados e incluso inconscientes a veces. Nos lanzábamos por caminos desconocidos con un bagaje muy precario, pero éramos pocos y teníamos que hacerlo, queríamos estudiar el país, conocerlo a fondo. La magnitud del territorio, casi dos millones de kilómetros cuadrados, nos impedía hacer un trabajo de campo extenso y lo hacíamos parcelariamente: un trozo por aquí, otro por allá. Eran otros tiempos, no existía el Internet ni las redes sociales. Había pocas becas y no se salía al extranjero a estudiar posgrados o especialidades. Éramos autodidactas y básicamente “monolingües”.

Solamente tres investigadoras habían salido a terminar su formación al extranjero: María Teresa Gutiérrez a Londres y París, donde profundizó en los estudios de población; Enriqueta García Amaro a los Estados Unidos quién a su regreso creó un sistema de clasificación climática adaptando el de Köppen a las características físicas de México que es todavía vigente; y Consuelo Soto a París, experta en cuestiones agrarias.

---

<sup>2</sup> Ver Martín Checa Artasu, *El egresado en geografía en México. Sus competencias profesionales en el mercado laboral*, 30 de enero de 2013, Biblio 3W, vol. XIX, Universidad de Barcelona

Al llegar a la dirección del Instituto, Consuelo trabajó arduamente para darle una conformación científica; sistematizó las investigaciones que hacíamos, creó tres departamentos (geografía económica, física y social), impulsó las publicaciones de los investigadores tanto en libros como a través de la que se convertiría en la revista geográfica más importante del país: *Boletín del Instituto de Geografía, Investigaciones Geográficas*. Como anécdota vale la pena destacar que no teníamos apoyo económico para publicaciones porque competíamos con los institutos de ciencia dura de la Coordinación de la Investigación Científica, sección universitaria a la que estamos aún adscritos administrativamente. Pero Consuelo decidió que publicaríamos la revista como fuera, y lo hicimos manualmente en mimeógrafo (artefacto que supongo la mayoría actualmente desconoce); al tercer número ya teníamos presupuesto oficial. Hoy, la revista lleva publicándose 45 años ininterrumpidos: ha sido uno de los mayores logros que hemos obtenido.

Invitó a profesores extranjeros a que dieran cursillos e, incluso, realizaran investigaciones con nosotros. Así convivimos con Claude Bataillon y Milton Santos, entre otros. Se organizaron debates interdisciplinarios por vez primera acerca de temas que en ese momento eran cruciales para el país, como uno sobre planificación regional en el que se enfrentaron posiciones ideológicas y conceptuales como la discusión entre planificación y planeación, la regionalización basada en la distribución de las cuencas hidrográficas, o la delimitación de las regiones económicas según las teorías de la economía planificada soviética que aportaba el geógrafo Ángel Bassols; es decir se enfrentaba dialécticamente el punto de vista académico con la postura oficial de gestores del gobierno. Fue extraordinario.

**Figura 7.**  
**Examen profesional de Atlántida, 1965**  
**con el profesor Felipe Guerra Peña**



Nos propusimos debates sobre las disciplinas que practicábamos, por ejemplo, un seminario sobre geografía económica en el que analizamos las escuelas francesa, anglosajona, soviética. Poco a poco nos íbamos creando un *corpus* teórico mientras estudiábamos el país. Se incorporaron más colegas, geógrafos, biólogos, algunos ya formados fuera del país que aportaron otras formas de pensar, en particular en el desarrollo de la geomorfología, la cual hasta entonces había seguido la escuela francesa. La influencia soviética la transformó

en un dominio más estructuralista que climático. Muchas veces lo que se pone de moda en los países desarrollados tarda en llegar a los nuestros: así sucedió con el enfoque cuantitativo, la teoría de sistemas y los modelos. Algunos intentamos seguirles el paso pero hubo dos hechos que frenaron unos años su aplicación: la falta de bases de datos completas –excepto para los estudios climatológicos– y el enorme peso que tenía y aún tiene la ciudad de México para la aplicación de ciertos modelos, como los gravitacionales. Hoy es práctica común y los métodos cuantitativos se usan tanto en geografía humana como en los estudios de la naturaleza.

Los años 1970 son fundamentales para entender la evolución de nuestro campo. Por una parte, salen al extranjero jóvenes que se empapan de otras ideas, de otros modos de hacer las cosas. Por la otra, en casa, chocan diversas corrientes de pensamiento y adaptamos posiciones encontradas: por un lado, perviven los modos de hacer tradicionales; por el otro, los nuevos enfoques marxistas, la conciencia de que hay otros campos de estudio: la pobreza, los marginados, lo diferente. Tienen gran influencia el texto de Yves Lacoste, *La geografía un arma para la guerra*, y la aparición de revistas como *Hérodote* y *Antipode* y los diversos textos de la geografía radical. Se abren discusiones bizantinas acerca de si la geografía es una ciencia o tan sólo una disciplina, o incluso, un arte. Hay que notar el tono un tanto displicente del “tan sólo”: ya que, como no podíamos emitir leyes universales, los geógrafos humanos en particular no teníamos categoría científica. De ahí a discutir las bondades o la seriedad de la cartografía no hubo más que un paso que nos ocupó un tiempo largo y que aún perdura: ¿Son los mapas un producto científico? ¿Transmiten el marco teórico que los sustenta? Se agudizó la separación entre la geografía física y la geografía humana, fragmentadas ambas en diversos campos de estudio hasta llegar en algunos casos a la superespecialización.

**Figura 8.**  
**Examen profesional de Atlántida, 1965**  
**con el profesor Jorge A. Vivó**



Los años 1980 fueron enriquecedores por el aporte de profesores extranjeros, como Pierre George quien impartió cinco cursos en el Instituto, o Jean Tricart, y otros. De igual modo, la geografía española hace su aparición y es fundamental para la formación de los nuevos geógrafos el análisis de los números de *Geo Crítica*, las relaciones con la Universidad de Barcelona donde vienen varios estudiantes a doctorarse con Horacio Capel; los trabajos que

realizamos con la Universidad Complutense de Madrid, en lo que atañe a la geomorfología y a la geografía humana, con Juan Córdoba y Aurora García Ballesteros y otros colegas, como con José Luis Alonso de la Universidad de Salamanca, y otros centros de la península y las Canarias.

Los enfoques multidisciplinarios ampliaron el horizonte gracias a la organización de seminarios que brindaban las diversas miradas sobre una misma temática clave en la coyuntura nacional del momento. Sobresale el encuentro sobre relaciones campo-ciudad justo cuando México vivía la transición entre un predominio de población rural a una mayoría de población urbana con las consecuencias de todo tipo que este cambio suponía: abandono del campo, sobrepoblación de las ciudades, crecimiento del ejército de reserva terciario en una economía débil que no era capaz de absorber todos esos efectivos, etcétera. Hicimos asimismo un seminario sobre puertos, con especialistas franceses, en el momento en que se emitía una política oficial de desarrollo industrial portuario relacionado con la exportación petrolera. Otros temas fueron igualmente analizados: agricultura comercial, cultivos tradicionales, metrópolis.

Los años 1980 también nos trajeron la inmersión en la cartografía. Una colega, Ana García de Fuentes, había pasado una temporada larga en el Instituto de Geografía de La Habana y participó en la elaboración del *Atlas Nacional de Cuba*. Regresó a México y propuso que hiciéramos lo mismo, que si en Cuba sin más recursos físicos, técnicos y económicos que mucho talento, habían podido “tropicalizar” las cartografías soviética y alemana, nosotros bien podíamos seguir el mismo camino con mayor infraestructura. María Teresa Gutiérrez de MacGregor, entonces directora del Instituto, aceptó el reto. Formamos un equipo de trabajo entusiasta y empezamos a estudiar cartografía, semiótica, y teoría del color. Se hizo un inventario de todos los atlas que había en diversas bibliotecas de la ciudad; se adquirieron atlas nacionales de otros países que en ese momento también los estaban publicando, y los geógrafos cubanos nos brindaron asesoría constante tanto en México como en La Habana. Se convocó a especialistas de otras disciplinas y otras instituciones. Fue una labor de más de cinco años, sin ningún apoyo digital, mapas trazados a mano sobre unas bases impresas en papel no deformable. Se repitió la historia, y como no había presupuesto para publicar el *Atlas*, empezamos a imprimir hoja por hoja, de 100 por 70 centímetros, y con ellas bajo el brazo, logramos apoyos financieros por aquí y por allá hasta que con ya muchas hojas impresas, la UNAM se comprometió y nos apoyó para terminar el *Atlas Nacional de México*, obra que consta de tres volúmenes y más de 600 mapas y fue considerada como la obra cartográfica de la Universidad del siglo XX.

En los 1990, el Instituto de Geografía entró de lleno en la era de la computación: ordenadores personales, estaciones de trabajo, sensores remotos, imágenes de satélite. Y con ello, los nuevos geógrafos que vienen con chip integrado y funcionan a través de navegar en la red (y visitan poco las bibliotecas). Esos años significaron la adopción de otros métodos, incluso de otro lenguaje. Se creó el Laboratorio de Sistemas de Información Geográfica y Percepción Remota, hoy Laboratorio de Análisis Geoespacial, y se logró que el Instituto sea considerado líder en esos temas. Varios geógrafos se especializaron en los Países Bajos ampliando así los aportes teóricos.

Nos encontramos actualmente en un momento clave de la evolución del Instituto, no solo en lo que concierne a las temáticas investigadas, los métodos y técnicas aplicadas, sino en lo referente a la plantilla académica ya que estamos en una etapa de cambio estructural etario del personal. Prevalecemos los formados en viejas escuelas, los llamados “adultos mayores” o “adultos en plenitud” por el eufemismo mexicano, y se van incorporando poco a poco algunos jóvenes y otros no tanto. Pero hace falta no sólo renovar la plantilla, sino profundizar en la verdadera formación científica y cultural de estas nuevas generaciones lo que, debido a la dinámica actual no es fácil debido a que no se tiene tiempo para llevar a cabo acciones extracurriculares diferentes a la publicación de los *papers* que darán puntos. Por pertenecer a la vieja escuela, sigo considerando que la lectura de toda clase de literatura, científica y no científica, la práctica de otras expresiones culturales, los debates entre colegas, son fundamentales para enriquecerse como ser humano y para ampliar nuestros propios horizontes; no niego la importancia de los avances técnicos, pero me rehúso a considerar que lo son todo.

### **El nuevo siglo: lo logrado**

Hoy ya no es solamente el Instituto de Geografía el centro que señala el rumbo de la geografía mexicana; pero si ha sido el semillero de geógrafos que ocupan otros espacios del medio científico o de la iniciativa privada y del sector público; geógrafos que han abierto oportunidades de desarrollo en otras entidades del país; que buscan nuevos derroteros; otros modos de hacer geografía; diversos enfoques que enriquecen nuestra ciencia. Así se cumple uno de los objetivos más importantes del Instituto en su largo quehacer: el colaborar en la conformación de otros centros de geografía a lo largo y ancho del país.

Hemos transitado por diversas etapas, matizadas por los conocimientos y las teorías que nos llegaban de fuera; nos dimos cuenta que muchas veces no podíamos asumir lo que expresaban los colegas de otras latitudes, que no era factible trasladar un modelo aplicado en un país rico y desarrollado a un país pobre con las carencias y los desequilibrios que caracterizan al nuestro, una realidad de contrastes y de desequilibrios inherentes a los ahora llamados países emergentes. La creación de un *corpus* teórico propio es algo que aun no hemos completado; quizá hemos sido rebasados por la velocidad de la revolución tecnológica, y las soluciones digitales y los sistemas de información geográfica suplen necesidades epistemológicas y estamos inmersos en un mundo, en una manera de hacer las cosas totalmente diferente al de los años en que yo me inicié en la geografía.

La estructura administrativa e institucional de la ciencia no es la misma que la de hace medio siglo. La contratación y la evaluación de profesores y de investigadores se basa en la *numeralia* de lo que se publica en revistas indizadas, generalmente publicadas en inglés, idioma convertido en *lingua franca* de la ciencia, lo que obliga a unos sistemas de trabajo acelerados, a la producción masiva de artículos, y a considerar la importancia de lo publicado según sea el factor de impacto de la revista en cuestión. También han cambiado las reglas internacionales para las publicaciones periódicas, hay que estar en los índices de referencia como el *Social Science Citation Index* o el *Science Citation Index* para tener credibilidad; hay que buscar las opciones de la publicación en línea, muchas de las cuales



no son aún aceptadas por algunos de los comités evaluadores por considerar que no pasan por los adecuados filtros de dictamen. En el Instituto lo estamos intentando y nos vamos adaptando a esas nuevas condiciones para obtener representatividad en el concierto internacional.

Del mismo modo han cambiado las políticas oficiales y privadas hacia la investigación y lo que antes se consideraba como totalmente inadecuado, hoy se ha convertido en una necesidad de sobrevivencia: la búsqueda de apoyo económico para llevar a cabo las investigaciones, el financiamiento por medio de contratos, los convenios entre instituciones hermanas, o con el sector privado. Cabe preguntarse si estos nuevos esquemas no conllevan la pérdida de cierta objetividad científica, o, en su caso, la pérdida de potenciales estudios interesantes que no pueden realizarse por falta de apoyo económico. Ya no se discute más si la geografía es una ciencia o una disciplina, si debe ser pura o aplicada o, como la quería Pierre George, activa. Nuevos derroteros indican la necesidad de aplicar los conocimientos a problemas concretos: la prevención de desastres o de los deslizamientos de tierras; los análisis de población y de producción; los inventarios forestales; la ubicación de cruces viales peligrosos, etcétera.

La era digital nos ha permitido avanzar y crearnos nuevos lenguajes, o mejor dicho, otros modos de decir las cosas. Es un poco el rejuego de lo “nuevo” como señala Horacio Capel en su libro acerca de las nuevas geografías. Los sistemas de información geográfica y las actuales técnicas de impresión digital han permitido un renacimiento de la cartografía y hoy vuelven “estar de moda” (si me permiten la expresión) los atlas temáticos. Tan sólo en el Instituto de Geografía, en la última década hemos publicado mediante la utilización de técnicas digitales un *Nuevo Atlas Nacional de México*, que refleja los cambios ocurridos en el país en los últimos veinte años de aplicación de políticas neoliberales; varios atlas regionales con énfasis en problemas ambientales, de desastres y riesgos en particular de ciertas regiones volcánicas o lagunares, o el señalamiento de los aspectos estratégicos del Istmo de Tehuantepec; un *Atlas de la Salud* en colaboración con la Facultad de Medicina de la propia UNAM. Para celebrar los primeros cien años de la Universidad Nacional publicamos *La Universidad Nacional de México, 1910-2010. Sus huellas en el espacio a través del tiempo*, atlas en el que texto, fotos y mapas, dan idea de lo que ha significado ese siglo para la UNAM: los cambios de localización espacial desde las primeras instalaciones en el centro histórico de la ciudad de México al crecimiento en la entonces periferia urbana y hoy hacia el interior del país; las nuevas disciplinas que se practican, las modificaciones de la estructura de género en las diferentes carreras, etcétera, cambios enmarcados en las tres funciones básicas de la Universidad: la docencia, la investigación y la difusión de la cultura.

Además de algunos textos que ya he mencionado vale la pena comentar algo que muestra de forma significativa dónde abrevamos los geógrafos. Cuando surgió oficialmente el Instituto en 1943, la biblioteca constaba de unos 50 volúmenes entre los que destacaban obras de Julio Verne, Jorge Isaacs, Emilio Salgari (todas con contenido geográfico, desde luego) así como alguna meteorología en francés y algo de Antonio García Cubas. Hoy, nuestra biblioteca cuenta con unos 40.000 volúmenes, maneja 1.300 títulos de revistas científicas; el extraordinario acervo de 1.200 atlas nacionales e internacionales, único en la

Universidad, y resguarda una mapoteca con 20.000 mapas históricos y contemporáneos de la mayor importancia. Los idiomas predominantes de los textos son el español, el inglés y el francés, aunque también se encuentran libros en alemán o en ruso, y algunas obras en catalán e italiano. Esta riqueza bibliográfica expresa la actualización del conocimiento de los geógrafos mexicanos y de otros especialistas que acuden a consultarla muy frecuentemente.

Los jóvenes, los que han crecido ya con la revolución tecnológica, con los ordenadores, el Internet, y que se mueven a través de las redes sociales, desconocen las técnicas que usábamos hace no muchos años. Los que hemos transitado por ese camino hemos tenido que aprender sobre la marcha y vemos con asombro cómo pudimos hacer lo que hicimos sin tantas herramientas a nuestro alcance. Y aprovecho este espacio para mencionar algunas de esas técnicas que nos dieron sustento científico. Un par de ejemplos: para el estudio de la evolución demográfica del país, se hicieron las denominadas cédulas de población, pequeños pedazos de papel, de unos ocho por ocho centímetros, en los se apuntaba, obviamente a mano, la población de cada localidad del país mediante la utilización de un lápiz de color distinto para cada año censal. El Instituto resguarda las cédulas de todas las localidades censadas de 1900 a 1950. Otro ejemplo: los estudios geomorfológicos se hacían mediante la interpretación de fotografías aéreas con ayuda de estereoscopios de bolsillo y, más adelante, con unos modernos estereoscopios de espejos. Lo que hacíamos era una restitución directa de la foto trabajada con lápices grasos, a papel translúcido con tinta china; a veces corroborábamos los hallazgos en campo.

El trabajo de campo ha sido fundamental a lo largo de todos estos años, en particular por la rapidez con que se dan los cambios territoriales, y sigue siéndolo. Sólo para ubicarnos en el contexto del que hablo: en 1950, la población del país era de casi 26 millones de habitantes; hoy es de más de 112 millones; hemos pasado de ser un país rural a ser un país urbanizado, de un predominio de actividades primarias a una participación del terciario en más del 70 por ciento del producto interno bruto. Por ello, los cambios espaciales son drásticos y es necesario recorrer una y otra vez las distintas regiones para poder seguir la huella de esos cambios. Nos apoyamos en la interpretación de las imágenes de satélite, en recorridos de superficie y también en técnicas cualitativas como encuestas y entrevistas. La obsolescencia no es solamente la característica de las tecnologías que usamos, sino que nuestro conocimiento del entorno también lo es. El México de hoy no es el mismo que el de hace cinco, diez o veinte años; la ciudad de México, por ejemplo, cambia continuamente y la percepción que tenemos de los espacios que fueron cotidianos en nuestra infancia se ve alterada por la imagen actual: la ciudad en donde yo crecí, los antiguos barrios del centro histórico, ya no son lo que fueron tanto por los sismos, en particular el de 1985 que causó muchos daños, como por los cambios en la estructura y en las actividades de la actual población local.

Las técnicas cartográficas también se han modificado: desde el uso de la tinta china (pesadilla de muchos de nosotros) y del dibujo manual sobre papel, apoyado con las entonces técnicas nuevas (plantillas de símbolos y de letras), al diseño cartográfico actual con el uso de programas digitales. Se acompañan, además, de las nuevas técnicas de impresión que aceleran y abaratan el proceso. Debo confesar que sigo prefiriendo algunos

de los viejos métodos porque considero que la práctica de “casar” las bases de datos existentes con las bases cartográficas digitales puede dar lugar a errores por la deficiencia en particular de los datos estadísticos, al menos en nuestro caso, por lo que exigen una corroboración detallada en campo para evitar falsas interpretaciones.

Brevemente: la geografía mexicana ha evolucionado en conceptos, en enfoques teóricos, en manejo tecnológico, en conocimiento sobre el territorio nacional, en resultados. Quizá aún nos falta crear una manera propia de hacer las cosas, pero la mundialización influye de manera decisiva en la dinámica del quehacer científico y se va practicando una geografía más acorde a las necesidades específicas de cada lugar de trabajo, de cada centro de investigación.

En el Instituto de Geografía, la ciencia se va desagregando cada vez más, pero la separación entre geografía física y geografía humana de antes queda un tanto en el olvido y trabajamos juntos miembros de los distintos departamentos que aún perviven por razones administrativas. Hoy se estudian los procesos de remoción en masa, los desastres y los riesgos; el volcanismo y sus diferentes facetas, el paisaje, el clima, la agroclimatología, la geohidrología; sobresalen los estudios de geografía histórica, de población y distintos enfoques demográficos, fundamentales en un país como el nuestro en el que la transición demográfica conlleva, entre otros fenómenos, una transición epidemiológica y los necesarios cambios en los sistemas asistenciales de salud y en los servicios educativos. Tienen importancia las cuestiones urbanas y la vulnerabilidad social. Hace unos años predominaban los estudios sobre el campo y la agricultura; han dado paso al análisis de los servicios, del transporte y, sobre todo, del turismo, así como al estudio de los denominados energéticos (electricidad, petróleo, etc.), en particular el petróleo tema candente tanto desde el punto de vista espacial como económico y político-estratégico. Un tema une las diferentes ramas del conocimiento: el del ordenamiento territorial.

## **Mi trayectoria personal en la geografía**

En el transcurso de los años han ido cambiando mis intereses y las habilidades adquiridas. La ruta no ha sido lineal, muchas veces me he desviado del tema principal al aparecer en el horizonte otras imágenes, otros hechos, que me han llevado por caminos divergentes hasta que he regresado al punto de partida. Como les digo siempre a mis alumnos, nuestro camino científico es como intentar subir a un árbol muy alto; pero este árbol tiene ramas que nos ofrecen perspectivas atractivas, son las sirenas que nos llaman y nos desvían de la ruta. Como no he logrado una especialización en nada, me mantengo como una simple geógrafa humana y he recorrido diversos caminos.

Empecé como profesora – la tradición materna- y sólo más tarde entré por azar al mundo de la investigación. He impartido clases de geomorfología y de geografía económica, asignaturas que obtuve por oposición siendo muy joven en las facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Más tarde, impartí geografía de México, geografía política mundial y geopolítica a estudiantes del área de relaciones internacionales, participé en seminarios de geoestrategia en el Centro de Estudios

Superiores Navales; y en los últimos años cursos de metodología y técnicas de investigación en geografía humana. Esta actividad docente ha estado acompañada de la dirección de tesis de licenciatura y de posgrado sobre diversos temas relacionados tanto a las asignaturas impartidas como a mis proyectos de investigación. Mucho he aprendido de mis alumnos, sus preguntas, sus dudas, sus apreciaciones me obligan a reflexionar, a buscar, a leer.

Mis primeros pasos en el mundo de la investigación los hice en el campo de la geomorfología litoral, aspecto que no había sido estudiado antes en México. Gracias a la lectura de los textos de los profesores franceses Cailleux-Tricart y Guilcher, a la ayuda de un estereoscopio de bolsillo, y el recuerdo de las brillantes clases que nos impartió el profesor Hernández Corso, empecé a “hacer” geomorfología litoral en la costa de Veracruz en el Golfo de México. Sin vergüenza alguna publiqué algunos textos sobre la cuestión, me decía geomorfóloga, me carteaba con colegas de otras latitudes. En un par de años me di cuenta de que, a pesar de lo mucho que me ha gustado siempre esa disciplina, no estaba suficientemente preparada para continuar por ese camino y que no podía aportar trabajos serios. Así que volví a mis raíces familiares y giré hacia un área más humanística enfocando mis esfuerzos a entender la geografía económica del país.

En los años 1970, la agricultura en México era una actividad que se caracterizaba en muchas regiones por un monocultivo del maíz –el alimento tradicional- de muy bajos rendimientos, y en otras partes por la producción de cultivos comerciales y de exportación. Espacialmente representaba la amplia ocupación del territorio, mientras que lo urbano era todavía muy puntual. Trabajé cuestiones agrícolas durante una docena de años. En contacto con los campesinos aprendí la dureza de las labores del campo, la importancia de los tiempos muertos entre siembra y cosecha, la búsqueda de ocupaciones alternativas para llenar esos vacíos<sup>3</sup>. Unos migraban a las ciudades en busca de trabajo en la construcción; otros seguían – y siguen- el camino al norte del propio país a la cosecha de productos de exportación (son los llamados *jornaleros golondrinos*) o el salto hacia los Estados Unidos. Y otros más, llamados *gambusinos*, se dedicaban a una minería primitiva a muy pequeña escala.

Este último hecho llamó mi atención y empecé a leer sobre el tema que me fue apasionando y me llevó a profundizar en las diversas facetas de las actividades extractivas. Por un lado, fue fascinante entrar al mundo de la historia de la minería de un país cuyo devenir estuvo marcado básicamente por la explotación del oro y la plata, principal causa de la colonización, de la ocupación del vasto territorio, de la apertura de caminos y la fundación de ciudades aún en entornos difíciles; una actividad tan aleatoria como la agricultura que ha dejado sus huellas en innumerables pueblos “fantasma”. Por el otro, entrar a un territorio

---

<sup>3</sup> Es por estos movimientos pendulares de la población campesina que resulta necesario analizar la fecha de levantamiento del censo de población ya que, si corresponde a los tiempos muertos, puede disminuir el número de ocupados en el campo e incrementarse el de los trabajadores en la construcción y se alteran, asimismo, los lugares de origen.

dominado por los hombres en el que las mujeres por tradición no teníamos cabida. Como simple anécdota, una entre muchas: las primeras veces que fui a las minas, a unas fui con Luis, a otras con un pequeño grupo de alumnas, a pesar de haber solicitado a la empresa permiso para la visita, la recepción era hostil, los encargados hacían lo posible para que diéramos la vuelta; una decena de años después nos encontramos que en una de las mayores minas de México nos tenían preparado todo el equipo de acceso a los socavones (casco, monos de trabajo) ... de color rosa.

La minería me ocupó muchos años: desde la búsqueda de datos en las fuentes prehispánicas, la localización en viejos mapas de yacimientos mencionados por los cronistas coloniales, la revisión de los informes de los envíos a España, hasta el análisis de la conformación económica actual de las grandes empresas y consorcios mineros que controlan la actividad, misma que ya no corresponde a la que trabajé al inicio. Hoy sólo actúa la gran minería, de enormes inversiones de capital mayoritariamente extranjero, y muy alta tecnología. El gambusinaje y la pequeña minería han prácticamente desaparecido.

Un tema lleva a otro si no se busca la especialización: las ramas del árbol que mencioné. Al analizar la minería colonial en el estado de Oaxaca me llamó la atención que no tuviera importancia a pesar de que contaba con yacimientos de oro y plata como demuestran las maravillosas obras de orfebrería encontradas en el sitio arqueológico de Monte Albán. Busqué y lo que encontré es que es una región en la que se explotó otro recurso natural de tanta o mayor importancia económica que la plata: la cochinilla, insecto que vive en los nopales (*Opuntia sp.*) y que proporciona un tinte de color granate el cual tenía un enorme mercado en la Europa de ese momento. Se volvieron a cruzar los límites entre la geografía y la historia y perdí el camino de la minería para quedarme en el del pasado, en particular con la belleza de la obra de Villaseñor y Sánchez. El análisis del *Theatro Americano* nos llevó a la desaparecida historiadora Áurea Commons y a mí a vivir varios años fascinantes, primero para descifrar la grafía del siglo XVIII, clasificar todas y cada una de las referencias del texto: habitantes, poblados y ciudades, caminos, recursos naturales, producción agrícola e industrial, fenómenos naturales sorprendentes; luego ubicarlos correctamente en los mapas; analizar el todo.

La cartografía fue el hallazgo de un nuevo modo de decir las cosas, el aprehender un nuevo lenguaje, estudiarlo, aplicarlo a muy diversos temas, encontrar la manera de representar los hechos de distintas épocas, y tantas otras experiencias. He trabajado en dos atlas nacionales y otros atlas temáticos que representan muchos años de labor continua, con importantes cambios de tecnologías tanto en la elaboración de los mapas como en su impresión. Y una deformación profesional que confieso aquí. Siempre construyo espacialmente lo que veo, imagino enseguida un mapa de distribución: en un concierto “mapeo” la localización de los músicos según sus instrumentos ya que no todos los directores los organizan de la misma manera; al leer un libro, una novela, me hace falta la referencia espacial y la construyo mentalmente, y me sorprende que en la geografía actual, posmoderna, los mapas brillen por su ausencia: un texto puede tener cientos de cuartillas y ningún mapa. Para mí, el lenguaje cartográfico es el vehículo ideal para expresar los hechos geográficos, para detectar anomalías en el paisaje, aquellos puntos del territorio que hay que estudiar más a fondo, el

impacto sobre el espacio concreto de flujos a-espaciales. Leer un mapa puede ser muy estimulante.

Otra divergencia en la ruta debida a los drásticos cambios de la vida nacional, a la coyuntura. Como mencioné más arriba, México ha evolucionado de manera vertiginosa en las últimas décadas; el campo productivo es ahora puntual y las ciudades se extienden como manchas de aceite sobre amplios, amplísimos espacios muchas veces sin sentido de continuidad con el medio rural circundante; se trata de lo urbano, de lo rural, de la rururbanización. Se abren mercados a ciertos productos bajo las reglas del juego de la mundialización y se produce para la exportación; se promueven desde el Estado actividades nuevas en territorios considerados vacíos por estar poco poblados o con actividades menores muchos de ellos en zonas rurales de población dispersa, en particular en las costas para la promoción del turismo de sol y playa. Se estimula el turismo que se convierte en el tercer proveedor de ingresos después del petróleo y de las remesas aportadas por los migrantes a Estados Unidos. El terciario ocupa ahora a tres cuartas partes de la población activa y hay diferentes variantes del terciario y su impronta espacial se convierte en un nuevo tema de análisis.

Hoy estoy inmersa en el estudio del turismo y sus efectos sociales y económicos, pero lo que me atrae es la parte que el turista no ve, es decir, la parte de atrás de la escena de los grandes hoteles. Es muy interesante reconstruir la segregación espacial que provoca la actividad, y, al mismo tiempo, ver cuáles son los efectos derivados de la construcción de obras de infraestructura vial y urbana, de la creación de empleos distintos a los habituales del campo con la aparición de nuevas costumbres en poblaciones de tradiciones viejas, nuevos modos de hacer y de decir por la apertura de actividades de servicio ajenas al mundo campesino.

### **A modo de final**

Al hacer un balance de mi vida en la geografía, todavía me asaltan dudas, otras preguntas: ¿Cómo mantener vigente el lugar de la geografía en el campo del conocimiento cuando los límites conceptuales de las ramas afines son confusos, poco nítidos, y los campos de acción, los objetos de estudio, se traslapan unos a otros? ¿Hay que volver a discutir su función en el concierto de la gestión ante un Estado disminuido por la aplicación de las políticas neoliberales? ¿Puede o debe dedicarse prioritariamente al análisis de mercado de las grandes empresas que pueden a su vez financiar esas investigaciones? ¿Nos va a ganar el paso la aplicación indiscriminada de los sistemas de información geográfica sin el sustento de las acciones del hombre? ¿Qué puede hacer hoy la geografía cuando el motor constructor del territorio ya no es la sociedad en su conjunto sino solamente el mercado que modifica las relaciones entre países, entre regiones con un “nuevo orden internacional”? ¿Qué se puede hacer en el momento en que se habla del fin de la distancia y del tiempo, del fin de la geografía y del fin de la historia ante lo instantáneo del mundo actual, cuando los diversos hechos de distintas partes del planeta se difunden por Internet en el momento mismo en que suceden?

La revolución tecnológica imprime un dinamismo tal a los cambios que no nos da tiempo a adoptarlos a conciencia. El mundo se modifica a velocidades enormes. El territorio, base espacial de la actividad humana, parece ya no estar ahí ante la embestida de la actividad desarrollada por las bolsas de valores de los centros mundiales: Nueva York, Londres, Tokyo. Podemos caer en la tentación de olvidar que el territorio existe ante el dominio de los flujos financieros en el ciberespacio que parecen referirse a entes abstractos y no a productos concretos de la Tierra o del hombre. Los valores en bolsa suben y bajan debido a medidas especulativas, no a los azares de la producción concreta, pero sí influyen en ella y en el devenir de los países y de su población. En el paso de la geografía clásica a la geografía *dislocada* –como la llama el geógrafo Juan Córdoba- se perdieron algunas señales de identidad que eran importantes: la vocación locacional, el recurso a la Historia, así con H, el espíritu integrador entre ciencias naturales y sociales, el fundamental concepto de escala. Hoy día la geografía puede volver a la región como la síntesis entre el hombre y la naturaleza y una de sus expresiones es la del ordenamiento territorial, imagen de una geografía que se quiere útil para la solución de problemas específicos.

La fragmentación del conocimiento nos obliga a interactuar con los demás, a abandonar nuestros pequeños cotos cerrados e implantar mecanismos inter y transdisciplinarios para obtener resultados más acordes a la compleja realidad de nuestra época. La percepción de lo que nos rodea está cambiando: adquirimos una conciencia ambiental y, al mismo tiempo, nos habituamos a los horrores de las guerras intestinas, a la persistencia de la pobreza, y los adoptamos como característicos del momento que nos toca vivir. Se nos abren perspectivas para nuevas investigaciones: el cambio climático, el calentamiento global, y la biodiversidad; la contaminación, las sequías y las hambrunas. Pero también queremos hacer bien las cosas, participar en la vida cotidiana del planeta y brindar soluciones ante el desbordado crecimiento poblacional, las ciudades y el campo, los desequilibrios sociales y económicos entre los que todo tienen y aquellos que ya no guardan siquiera la esperanza. Hay que debatir acerca de temáticas como el desarrollo sustentable, asunto polémico en particular en los países pobres en los que se plantea la disyuntiva de sobrevivir el hombre o defender a ultranza a la naturaleza; también acerca de la confrontación entre las viejas economías industriales y el nuevo mundo financiero. Las relaciones entre la naturaleza y la sociedad de los hombres son cada vez más inestables y somos más conscientes de ello: nuestra labor como geógrafos es enfrentar esos retos y compartir la construcción de un mejor futuro.

No podemos olvidar lo esencial: que la geografía es una ciencia de síntesis que permite la visión de conjunto de los fenómenos naturales y sociales, sin importar la metodología que se utilice, el marco teórico de referencia a que se acuda, o las técnicas usadas. Es la encrucijada entre las ciencias naturales y las ciencias sociales y debe abreviar en ambos campos para cumplir con su cometido. La unidad hombre-medio es fundamental y en ella estriba nuestra riqueza y amplía las posibilidades de acción concreta sobre el entorno y la sociedad. El objeto de la geografía siempre será el *espacio humanizado*. Es nuestra carta de identidad.

Barcelona, mayo de 2014

## **Bibliografía**

*Anuario de Geografía*, J. A.VIVÓ ESCOTO (ed). México: Colegio de Geografía, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

CÓRDOBA, J., Geografía y cartografía: reflexiones sobre el estatus científico de una simbiosis necesaria. In PALACIO, J.L., *et al.* (eds). *Geografía para el Tercer Milenio / Geography for the Third Millenium*, México: Instituto de Geografía, UNAM, 2001.

ESCALONA RAMOS, A. *Geopolítica mundial y geoeconomía. Dinámica mundial, histórica y contemporánea* México: Ediciones Ateneo, 1959.

HUMBOLDT, A. de, *Ensayo político sobre el Reyno de la Nueva España*. México: Editorial Porrúa, 1966. (La primera edición en español apareció en París en 1822).